

Torre. El infeliz era, en tanto, víctima del más profundo terror. Retorcíase las manos; lanzaba salvajes miradas á la multitud, ya por una ventanilla, ya por la otra, y se le oía gritar aun por encima del tumulto: «¡No los dejéis acercar, caballeros! ¡Por amor de Dios, no permitáis que se acerquen!» Por fin, después de un sufrimiento mucho más terrible que la misma muerte, fué alojado en la fortaleza donde algunas de sus más ilustres víctimas habían pasado sus últimos días y donde había de terminar su vida en medio de indescriptible ignominia y horror (1).

Durante todo este tiempo se-buscaban activamente los sacerdotes católicos. Muchos fueron arrestados, y dos Obispos, Ellis y Leyburn, fueron enviados á Newgate. El Nuncio, quien, así por su cargo espiritual como político, no esperaba ser respetado por la multitud, escapó disfrazado de lacayo en el séquito del Ministro del Duque de Saboya (2).

VI.

LA NOCHE IRLANDESA.

Terminó entonces otro día de agitación y espanto, y fué seguido de la noche más extraña y terrible que jamás había visto Inglaterra. A primera hora de la noche la multitud atacó un palacio construido algu-

(1) North, *Vida de Guildford*, 220; *Elegía* de Jeffreys; *Diario de Luttrell*; Oldmixon, 762. Oldmixon estaba entre la multitud, y no dudo que figuraría entre los más furiosos. Refiere bien lo sucedido. Véase también la *Correspondencia de Ellis*; Burnet, I, 797, y la nota de Onslow.

(2) Adda, dic. 9 (19); Citters, dic. 18 (28).

nos meses antes por lord Powis, palacio que durante el reinado de Jorge II fué residencia del Duque de Newcastle y que aun llama la atención en el ángulo Noroeste de Lincolns's Inn Fields. Enviáronse allí algunas tropas; se dispersó la multitud; parecía haberse restablecido la tranquilidad, y los ciudadanos se disponían á entregarse tranquilamente al reposo. Precisamente entonces empezó á correr un rumor que pronto se tornó en temeroso alarido, que en una hora llegó de Piccadilly á Whitechapel, y se extendió por todas las calles y plazas de la capital. Decíase que los Irlandeses, á quienes Feversham diera suelta, marchaban hacia Londres, matando á su paso á cuantos encontraban, hombres, mujeres y niños. A la una de la mañana los tambores de la Milicia tocaban generala. Véase por do quiera mujeres aterrorizadas, que lloraban y se retorcían las manos, mientras sus padres y maridos se disponían á la pelea. Antes de las dos ofrecía la capital aspecto tan belicoso que hubiera podido inspirar temor á un enemigo real, si en efecto se hubiera presentado. Todas las ventanas estaban iluminadas con velas, y en todos los sitios públicos se veía como en pleno día. En las grandes avenidas se habían levantado barricadas. Mas de veinte mil hombres, armados de picas y mosquetes, guarnecían las calles. El tardío amanecer del solsticio de invierno encontró á la ciudad entera todavía en armas. Por espacio de muchos años conservaron los Londonenses vivo recuerdo de la que llamaban *noche irlandesa*. Cuando se supo que la alarma había sido inmotivada, tratóse de descubrir el origen del rumor que había producido tan gran agitación. Resultó que algunas personas, con traje y apariencia de rústicos recién llegados del campo, habían esparcido primero la noticia en los arrabales, un poco antes de media noche; pero

de dónde venían estos hombres y quién los mandaba continuó envuelto en el misterio. Y pronto llegaron noticias de diferentes distritos que extraviaron aún más el espíritu público. El pánico no se había limitado solo á Londres. Al mismo tiempo y con maligna ingenuidad, en multitud de lugares, separados por grandes distancias, había corrido la voz de que los dispersos soldados irlandeses venían á dar muerte á los protestantes. Gran número de cartas hábilmente redactadas para aterrorizar al pueblo ignorante, habían sido enviadas por diligencias, carros y por el correo á varias partes de Inglaterra. Todas estas cartas llegaron, casi al mismo tiempo, á su destino. En cien ciudades á la vez creía firmemente el populacho que muy pronto iba á llegar una multitud de bárbaros armados, dispuestos á perpetrar crímenes tan horribles como los que habían deshonrado la rebelión de Ulster. Ningún protestante encontraría merced. Los hijos serían obligados, por la tortura, á asesinar á sus padres. Los infantes serían paseados en las puntas de las picas ó arrojados entre las humeantes ruinas de las que, no ha mucho, eran sus felices moradas. Reuniéronse grandes multitudes, armándose cada uno como podía. En algunas ciudades el pueblo empezó á derribar puentes y á levantar barricadas; mas pronto hubo de cesar la excitación. En muchos distritos, cuantos de tal modo se habían dejado engañar, supieron, con placer no exento de vergüenza, que no había un solo soldado papista á siete jornadas de distancia. Cierta que hubo sitios donde se presentaron algunas bandas errantes de Irlandeses pidiendo víveres; mas no ha de llamárseles criminales porque no se decidieran á morir de hambre, y no hay ningún testimonio con el cual pueda probarse que inmotivadamente cometieran ningún atropello. La verdad

es que no eran, ni con mucho, tan numerosos como comúnmente se suponía, y aun aumentaba su temor el verse abandonados repentinamente, sin caudillos ni provisiones, en medio de una población poderosa que los miraba con los mismos sentimientos que suele inspirar una banda de lobos. De todos los súbditos de Jacobo, estos infortunados, miembros de su Iglesia y defensores de su trono, tenían más razón que otro alguno para execrarle (1).

Es honroso para el carácter inglés que, no obstante la aversión que inspiraban entonces la doctrina católica y la raza irlandesa, á pesar de la anarquía producida por la fuga de Jacobo, y no obstante las arteras maquinaciones empleadas para inducir la multitud á mostrarse cruel, no se haya perpetrado en esta ocasión ningún crimen atroz. Cierta que riqueza considerable fué destruída ó robada. Las casas de muchos caballeros católicos fueron atacadas, devastados los jardines, robados y muertos los venados. Algunas venerables muestras de la arquitectura doméstica de la Edad Media conservaron hasta nuestros días huellas de la popular violencia. En muchos lugares impedían el tránsito por los caminos bandas de policía á quien sólo su celo había dado aquel cargo, y que detenían á todos los viajeros hasta demostrar plenamente no seguir la religión católica. Infestaba el Támesis una multitud de piratas que, so pretexto de apoderarse de las armas ó de los delincuentes, registraban cuantos botes cruzaban el río. Los que no se granjeaban las simpatías del vulgo eran insultados y perseguidos. Muchos que no se hallaban en igual

(1) Citters, dic. 14 (24), 1688; *Diario de Luttrell*; *Correspondencia de Ellis*; Oldmixon, 761; Speke, *Historia secreta de la Revolución*; Clarke, *Vida de Jacobo*, II, 257; Eachard, *Historia de la Revolución*; *Historia de la Deserción*.

caso se consideraban felices con tal de rescatar sus personas y haciendas, mediante el pago de algunas guineas á los celosos protestantes que sin autoridad legal habían asumido el oficio de investigadores. Pero en medio de toda esta confusión, que duró varios días y se extendió á muchos condados, ni un solo católico perdió la vida. El populacho no se mostró dispuesto á llegar al derramamiento de sangre, á excepción del solo caso de Jeffreys, y el odio que inspiraba aquel malvado, más parece sentimiento humanitario que muestra de crueldad (1).

Muchos años después afirmaba Hugo Speke que la *noche irlandesa* era obra suya; que él había mandado los rústicos que llevaron á Londres el sobresalto, y que suyas eran también las cartas que esparcieron la alarma por todo el país. No puede decirse, en absoluto, que su aserción sea infundada; mas no se apoya en otro testimonio que su palabra, y él era muy capaz, no sólo de cometer tal villanía, sino también de jactarse falsamente de haberla cometido (2).

Guillermo era esperado en Londres con impaciencia, pues no se dudaba que su energía y habilidad restablecerían muy pronto la seguridad y el orden. Hubo, no obstante, alguna dilación de que en justicia no puede acusarse al Príncipe. Era al principio su intención continuar de Hungerford á Oxford, donde estaba seguro de encontrar recibimiento honroso y lleno de afecto; pero la llegada de la diputación de Londres le hizo cambiar de propósito, poniéndose en marcha apresuradamente para la capital. En el camino supo que Feversham, en cumplimiento de las órdenes del Rey, había licenciado el ejército real, y

(1) Clarke, *Vida de Jacobo*, t. II, 258.

(2) *Historia secreta de la Revolución*.

que millares de soldados, libres de todo freno y privados de lo más necesario, se habían esparcido por los condados que atravesaba el camino de Londres. Era, pues, imposible que Guillermo continuase escoltado tan sólo por un pequeño cuerpo de tropas, sin exponer á gran peligro no sólo su persona, de la que no acostumbraba á mostrarse muy solícito, sino también los grandes intereses confiados á su cuidado. Era necesario que no se adelantase á sus tropas, y las tropas no podían entonces avanzar sino con gran lentitud por las carreteras de Inglaterra, por hallarse en el rigor del invierno. Hiciéronle, en esta ocasión, las circunstancias abandonar por un momento su flemma habitual. «*Conmigo no se juega de este modo*, exclamó con acritud, *y yo le aseguro á lord Feversham que se ha de arrepentir.*» Tomáronse prontas y juiciosas medidas para remediar los males causados por Jacobo. Churchill y Grafton fueron los encargados de reunir el ejército disperso y someterlo de nuevo á la disciplina. Invitóse á los soldados ingleses á volver al servicio, y á los irlandeses se ordenó entregar las armas, so pena de ser tratados como bandidos, asegurándose al mismo tiempo que, con tal de someterse pacíficamente, se les proporcionaría lo necesario para atender á la subsistencia (1).

No encontraron oposición las órdenes del Príncipe, excepto entre los soldados irlandeses que habían estado de guarnición en Tilbury. Uno de estos soldados disparó un pistoletazo á Grafton. No salió el tiro, y el asesino fué muerto de un balazo, en el acto, por un Inglés. Unos doscientos de estos infortunados extranjeros hicieron una valerosa tentativa para regresar á

(1) *Diario de Clarendon*, dic. 13, 1688; Citters, dic. 14, (24); Eachard, *Historia de la Revolución*.

su patria. Se apoderaron de un navío de la carrera de la India que con un rico cargamento acababa de llegar al Támesis, y trataron, por medio de la fuerza, de procurarse pilotos en Gravesend. No pudieron, sin embargo, encontrar piloto, viéndose precisados á entregarse á la propia habilidad en la navegación. Muy pronto embarrancaron el buque, y después de alguna resistencia tuvieron que deponer las armas (1).

Cinco semanas llevaba ahora Guillermo en territorio inglés, y en todo aquel tiempo no le había abandonado la fortuna. Había desplegado toda su prudencia y energía, que, sin embargo, no habían hecho tanto por su causa, como la locura y pusilanimidad de sus enemigos. Pero ahora, en el momento en que parecía que sus planes iban á ser coronados por el éxito más completo, vino á desbaratarlos uno de aquellos extraños incidentes que tan á menudo hacen fracasar las más ingeniosas combinaciones de la humana previsión.

VII.

EL REY ES DETENIDO CERCA DE SHEERNESS.

El 13 de diciembre, por la mañana, el pueblo de Londres, aun no bien repuesto de la agitación de la noche irlandesa, fué sorprendido por el rumor de que el Rey había sido detenido en su fuga y se encontraba todavía en la Isla. Cobró fuerza la noticia durante el día, y tuvo plena confirmación antes de la noche.

(1) Citters, dic. 14 (24), 1688; *Diario de Luttrell*.

Jacobo había viajado, mudando caballos, siguiendo la orilla meridional del Támesis; y el 12 por la mañana había llegado á Emley Ferry, cerca de la isla de Sheppey. Allí le aguardaba el bajel que debía conducirle. Embarcóse inmediatamente, pero refrescó el viento, y el patrón no se aventuró á hacerse á la mar sin añadir algún lastre. Esta operación hizo perder una marea, y era ya casi media noche cuando la embarcación aun empezaba á flotar. Ya entonces se habían extendido por las márgenes del Támesis, sembrando por todas partes confusión y desorden, las nuevas de que el Rey había desaparecido, que el país estaba sin Gobierno y que en Londres imperaban el tumulto y la anarquía. Los rudos pescadores de Kent contemplaban el barco con recelo y codicia al mismo tiempo. Murmurábase que habían embarcado precipitadamente algunos individuos vestidos como caballeros. Tal vez eran jesuitas, tal vez era gente rica: cincuenta ó sesenta bateleros, movidos al mismo tiempo de su odio al papismo y de su amor al pillaje, asaltaron el barco precisamente cuando se disponía á hacerse á la vela. Díjose á los pasajeros que tenían que ir á tierra, donde les examinaría un magistrado. La fisonomía del Rey despertó las más vivas sospechas. «*Es el P. Petre, exclamó uno de aquellos malandrines; lo conozco en lo saliente que tiene las mandíbulas.—¡A registrar al viejo jesuita de afilado rostro!*» Tal fué bien pronto la voz general. El Rey se vió sujeto á rudos tratamientos, y tuvo que dejarse registrar de aquella gente. Quitáronle el dinero y el reloj. Llevaba también el anillo de la coronación y otras joyas de gran valor, que, sin embargo, no atraieron la codicia de los ladrones, cuya ignorancia llegaba hasta tomar por pedazos de vidrio los diamantes del Rey.

Por fin los prisioneros fueron llevados á tierra y

conducidos á una posada. Habíase reunido ya una gran multitud para verles, y muy pronto fué reconocido Jacobo, no obstante estar desfigurado por una peluca de diferente forma y color de la que llevaba de ordinario. Por un momento la multitud pareció dominada por el respeto; mas bien pronto las exhortaciones de sus caudillos reanimaron su valor, y la vista de Hales, á quien conocían muy bien y aborrecían profundamente, encendió de nuevo su furia. Hallábase su parque muy cerca de allí, y en aquel mismo instante una banda de alborotadores se ocupaba en saquear su casa y matar sus venados. La multitud aseguró al Rey que no se le haría el menor daño, pero se negaron á dejarle partir. Aconteció hallarse entonces en Canterbury el Conde de Winchelsea, protestante, pero celoso realista, cabeza de la familia de Finch y próximo pariente de Nottingham. No bien supo lo sucedido, partió á toda prisa en dirección á la costa, acompañado de algunos caballeros de Kent. Gracias á su intervención, el Rey fué trasladado á lugar más conveniente, pero continuó prisionero. El populacho daba guardia constantemente en torno de la casa á donde fuera trasladado, y algunos caudillos de la plebe se habían instalado á la puerta del regio dormitorio. En tanto Jacobo ofrecía el aspecto de un hombre cuya mente ha sido trastornada por el peso de los infortunios. Hablaba algunas veces con tal altanería que los rústicos encargados de velar por él le contestaban con insolencia. Mudaba entonces de lenguaje y acudía á las súplicas. «*Dejadme ir, exclamaba. Dadme un bote. El Príncipe atenta contra mi vida. Si ahora no me dejáis huir, después será demasiado tarde. Mi sangre caerá sobre vuestras cabezas. El que no está conmigo está contra mí.*» Fundado en este último texto, predicó un sermón que duró media hora. Habló de

una multitud de cosas, de la desobediencia del claustro de Magdalene College, de los milagros de la fuente de San Winifredo, de la deslealtad de los magistrados y de las virtudes de un pedazo de la verdadera cruz que desgraciadamente había perdido. «*¿Qué he hecho yo?* preguntaba á los *squires* de Kent que le asistían. *Decidme la verdad, ¿cuál es mi falta?*» Aquellos á quienes dirigía estas preguntas tenían demasiada humanidad para responder lo que indudablemente acudía á sus labios, y escuchaban su incoherente discurso con silencio compasivo (1).

Quando se supo en la capital que el Rey había sido detenido, insultado, maltratado y despojado, y que aun seguía prisionero en manos de rudos campesinos, excitáronse grandemente los sentimientos realistas de muchos. Rígidos anglicanos que algunas horas antes empezaban á considerarse libres de toda obligación para con Jacobo, sentían ahora escrúpulos y recelos. El Rey no había abandonado su Reino; no había consumado su abdicación. Si de nuevo asumía la autoridad real, ¿podían ellos, según sus principios, negarle la obediencia? Ilustrados estadistas preveían con inquietud que todas las disputas que, por un momento, habían terminado con su fuga, renacerían con mayor vehemencia á su regreso. Entre el pueblo llano muchos que aun sufrían los efectos de recientes atropellos, se mostraban llenos de compasión hacia un gran Príncipe ultrajado por malhechores, y se lisonjaban con la esperanza, más honrosa para su buen natural que para su discernimiento, de que el Rey se arrepentiría de los errores que tan terrible castigo habían traído sobre su cabeza.

(1) Clarke, *Vida de Jacobo*, t. II, 251, *Mem. orig.*; Carta publicada por Tindal en su continuación de Rapin. Hállase este curioso documento en los MSS. de Harley, 6852.

Desde el momento que se supo que todavía estaba el Rey en Inglaterra, Sancroft, que hasta aquí había figurado al frente del Gobierno provisional, dejó de asistir á las reuniones de los Lores. Halifax, recién llegado del cuartel general holandés, ocupó la presidencia. En pocas horas sus opiniones habían sufrido un gran cambio. Sus sentimientos públicos y privados le impulsaban ahora á unirse á los whigs. Cuantos imparcialmente examinen los testimonios que han llegado hasta nosotros, opinarán que aceptó el empleo de Comisario regio, esperando sinceramente llegar á un acomodo, en condiciones honrosas, entre el Rey y el Príncipe de Orange. La negociación había comenzado bajo los mejores auspicios: las condiciones propuestas por el Príncipe fueron calificadas de honrosas por el mismo Rey; el elocuente é ingenioso equilibrista podía lisonjearse de haber sido mediador entre exasperadas facciones, de haber dictado un compromiso entre opiniones diametralmente opuestas, de haber asegurado las libertades y la religión de su patria sin exponerla á los peligros inseparables de un cambio de dinastía y una sucesión disputada. Mientras de este modo se complacía en pensamientos tan agradables á su condición, supo que había sido engañado y que había servido de instrumento para engañar á la nación. Su embajada á Hungerford sólo había servido para acreditarle de necio. El Rey nunca había pensado cumplir las condiciones que mandó proponer á sus Comisarios. Hábiales encargado declarar que deseaba someter todas las cuestiones discutidas á la decisión del Parlamento; y mientras ellos anunciaban su mensaje, él había quemado los edictos de convocatoria, había huído con el Gran Sello, dispersado el ejército, suspendido la administración de justicia, había disuelto el Gobierno y se había fugado de

la capital. Halifax conoció que ya no sería posible llegar á un arreglo amistoso. Puede además sospecharse que sentía la mortificación natural en todo hombre famoso por su talento, que se encuentra engañado por una inteligencia incomparablemente inferior á la suya, y la mortificación natural de un gran maestro del ridículo que se encuentra colocado en ridícula situación. Su perspicacia y su resentimiento, á la vez, le indujeron á abandonar los planes de reconciliación que hasta aquí había intentado, y á ponerse á la cabeza de los que querían elevar á Guillermo al trono de Inglaterra (1).

Aun se conserva un diario de lo sucedido en el Consejo de los Lores, durante la presidencia de Halifax, escrito de su puño y letra (2). No se omitió precaución alguna para impedir los robos y atropellos. Los Pares no vacilaron en tomar sobre sí la responsabilidad de mandar á los soldados hacer fuego sobre el populacho si de nuevo trataba de levantarse. Jeffreys fué traído á Whitehall é interrogado acerca del Gran Sello y los edictos de convocatoria del Parlamento. De acuerdo con sus vehementes súplicas, se le envió de nuevo á la Torre, por ser este el único sitio donde su vida estaba segura, y se retiró dando gracias y bendiciendo á los que le habían protegido encerrándole en una prisión. Un noble whig propuso que Oates

(1) Sabía Reresby por una dama que no nombra, que el Rey no tenía intención de retirarse hasta recibir carta de Halifax, el cual se hallaba á la sazón en Hungerford. La carta, decía la dama, anunció á S. M. que de continuar aquí, su vida corría peligro. Todo esto es pura novela. El Rey, antes que los Comisarios salieran de Londres, había dicho á Barillon que la embajada era mero fingimiento, mostrando la firme resolución de salir de Inglaterra. Dedúcese claramente de la misma relación de Reresby que Halifax se consideró juguete de una intriga vergonzosa.

(2) MSS. de Harley, 255.

fuese puesto en libertad; pero esta proposición fué rechazada (1).

Había ya casi terminado la tarea del Consejo en aquel día, y Halifax se disponía á levantarse cuando se le informó que había llegado un mensajero de Sheerness. No podía darse suceso más enojoso ni más ocasionado á duda y perplejidad. Hacer algo ó no hacer nada, era incurrir en grave responsabilidad. Halifax, deseoso tal vez de poder comunicarse con el Príncipe, hubiera suspendido la sesión; pero Mulgrave suplicó á los Lores que permaneciesen en sus asientos, é introdujo al mensajero. El cual dijo su relación con lágrimas en los ojos, y presentó una carta escrita por el mismo Rey y que no iba dirigida á ninguna persona en particular, sino implorando la ayuda de todos los buenos Ingleses (2.)

VIII.

MANDAN LOS LORES QUE EL REY SEA PUESTO EN LIBERTAD.

Era casi imposible mirar con indiferencia tal llamamiento. Los Lores mandaron á Feversham acudir á toda prisa con un regimiento de Guardias de Corps al lugar donde el Rey estaba detenido, con orden de ponerlo en libertad.

Ya por este tiempo Middleton y algunos otros partidarios de la causa real se habían puesto en marcha para asistir y consolar á su infortunado amo. Hallá-

(1) *MS. de Halifax; Citters, dic. 18 (28), 1638.*

(2) *Mulgrave, reseña de la Revolución.*

ronle en estrecha prisión, y no se les permitió llegar á su presencia hasta que hubieron entregado sus espadas. En tanto, era inmensa la multitud congregada cerca de donde estaba el Rey. Algunos caballeros whigs de las cercanías habían traído un gran cuerpo de milicianos para custodiarle en la prisión. Habían imaginado, muy erróneamente, que al detener al Monarca se congraciaban con sus enemigos, y así, fué grande su sorpresa é inquietud al saber que el Gobierno provisional de Londres desaprobaba su conducta con el Rey, y que un cuerpo de caballería estaba ya en camino para libertarle. No tardó Feversham en llegar. Había dejado su regimiento en Sittingbourne, pero no hubo necesidad de emplear la fuerza. Dejaron partir al Rey sin oposición, y sus amigos le condujeron á Rochester, donde tomó algún reposo, que en gran manera necesitaba. Su estado era lamentable. No sólo su inteligencia, que nunca había sido muy clara, se había trastornado por completo, sino el valor personal que había demostrado cuando joven en varias batallas de mar y tierra, también le había abandonado. Los malos tratamientos á que por vez primera se había visto ahora sujeto, parecen haberle afectado más que ningún otro acontecimiento de su accidentada existencia. La deserción de su ejército, de sus favoritos, de su familia, no le impresionó tanto como los ultrajes que hubo de sufrir al ser asaltado su bajel. El recuerdo de aquellos ultrajes continuó por mucho tiempo atormentando su corazón, y en una ocasión se mostró de tal manera, que fué blanco de las más despreciativas burlas de toda Europa. En el cuarto año de su destierro intentó alucinar á sus súbditos, ofreciéndoles una amnistía. Acompañaba á la amnistía una larga lista de excepciones, y en ella figuraban, al lado de Chur-

chill y Danby, los pobres pescadores que habían registrado brutalmente sus bolsillos. Esta circunstancia nos permite juzgar cuán hondamente debió sentir el insulto en los primeros momentos (1).

Sin embargo, á estar dotado en la medida ordinaria, de buen sentido, habría advertido que los que le habían detenido le habían prestado, sin querer, un gran servicio. Lo sucedido mientras estuvo ausente de la capital debía haberle convencido que si hubiera logrado fugarse, nunca más hubiera podido volver. Habíanle salvado de la ruina á pesar suyo. Aun le restaba una probabilidad, la última. Y aun cuando sus faltas habían sido tan grandes, hubiera sido casi imposible destronarle, mientras permaneciese en el Reino, y ofreciese asentir á las condiciones impuestas por un Parlamento libre.

Durante breve tiempo pareció dispuesto á quedarse. Envió desde Rochester á Feversham con una carta para Guillermo. La carta decía, en sustancia, que S. M. se disponía á regresar á Whitehall, que deseaba celebrar una conferencia con el Príncipe y que al efecto se dispondría el Palacio de Saint-James para alojar á S. A. (2).

IX.

PERPLEJIDAD DE GUILLERMO.

Hallábase entonces Guillermo en Windsor. Llenóse de inquietud al tener noticia de lo sucedido en la

(1) Véase su proclama, fechada en Saint-Germain á 20 de abril de 1692.

(2) Clarke, *Vida de Jacobo*, t. II, 261, *Mem. orig.*

costa de Kent. Momentos antes de recibirse estas nuevas, observaron cuantos estaban á su lado que parecía más contento que nunca, y, en efecto, motivo tenía para regocijarse. Ante él se hallaba un trono vacante, y, según parecía, todos los partidos unánimemente le invitarían á ocuparlo. De pronto, tan bella perspectiva se había oscurecido. La abdicación, al parecer, no había sido completa. Gran número de partidarios suyos hubieran abrigado muchos escrúpulos de deponer á un Rey que permanecía en medio de sus súbditos, que les invitaba á presentar sus quejas en forma parlamentaria y que prometía cumplida reparación. Era necesario que el Príncipe examinase su nueva posición y se determinase á seguir una nueva línea de conducta. Ninguno de cuantos planes se le ocurrían estaba completamente exento de dificultades, y cualquiera que fuese su política, no era posible llegar á situación tan ventajosa como la que ocupaba algunas horas antes. Algo, no obstante, podía hacerse. La primera tentativa de fuga hecha por el Rey le había salido mal. Lo mejor, pues, que podría suceder, sería que hiciese una segunda tentativa con mejor éxito. Era preciso atemorizarle y al mismo tiempo incitarle á la fuga. La liberalidad con que se le tratara en la negociación de Hungerford, y que él había pagado faltando á su palabra, sería ahora completamente inoportuna. No había que proponerle condiciones que permitiesen un acomodo, y caso de que él las propusiera, debería respondersele fríamente. No se emplearían con él violencias ni aun amenazas. Sin embargo, tal vez no sería difícil, sin recurrir á violencias ni amenazas, hacer concebir á hombre de tan débil espíritu temores acerca de su seguridad personal. Una vez conseguido esto, su principal deseo, indudablemente, sería huir. Todas las fa-

cildades para la fuga deberían encontrarse entonces á su alcance, y sería preciso cuidar que no fuese detenido nuevamente por ningún rústico oficioso.

X.

ARRESTO DE FEVERSHAM.—LLEGADA DE JACOBO Á LONDRES.

Tal era el plan de Guillermo, y la habilidad y energía con que lo llevó á cabo contrastan extrañamente con la locura y cobardía de la persona con quien tenía que habérselas. Pronto se le presentó excelente oportunidad de comenzar su sistema de intimidación. Feversham llegó á Windsor con la carta de Jacobo. No había presidido el mayor acierto á la elección de mensajero. Él era quien había desbandado el ejército real. A él debía hacerse responsable, en primer término, de la confusión y terror de la *Noche irlandesa*. El público había censurado vivamente su conducta. Guillermo se había irritado en términos de pronunciar algunas palabras amenazadoras, y las amenazas, en boca de Guillermo, generalmente producían ulteriores consecuencias. Pidióse á Feversham su salvoconducto. Respondió que no le tenía. Al presentarse de este modo, en mitad de un campo enemigo, según las leyes de la guerra, merecía ser tratado con la mayor severidad. Guillermo se negó á recibirle y ordenó que se le arrestase (1). Zulestein fué despachado inmediatamente para informar á Jacobo que el Príncipe no estaba dispuesto á asistir á la conferencia

(1) *Diario de Clarendon*, 16 de dic., 1688; Burnet, I, 800.

que se le proponía, y deseaba que S. M. continuase en Rochester.

Pero era demasiado tarde. Jacobo estaba ya en Londres. Había vacilado durante todo el viaje, y aun hubo un momento que determinó hacer otra tentativa para llegar al Continente. Mas al fin cedió á las instancias de amigos más discretos que él, y se encaminó á Whitehall, á donde llegó en la tarde del domingo 16 de diciembre. Había temido que el pueblo llano, que durante su ausencia había dado tan repetidas muestras de su aversión al papismo, le hiciese alguna afrenta. Pero la misma violencia de los recientes tumultos había producido una reacción de calma y tranquilidad. La tempestad había pasado, y el buen humor y la compasión habían reemplazado á la furia. En ningún barrio se notó la menor intención de insultar al Rey. Oyéronse algunos aplausos cuando su coche atravesaba la City. Las campanas de algunas iglesias repicaban en señal de alegría, y se encendieron algunas hogueras para honrar su regreso (1). Su débil inteligencia, poco antes presa de la desesperación, dió cabida á las más extravagantes ideas ante tan inesperadas muestras de la compasión y buen

(1) Clarke, *Vida de Jacobo*, t. II, 262, *Mem. orig.*; Burnet, I, 799. En la *Historia de la Deserción* (1689), se afirma que las aclamaciones provenían en esta ocasión de algunos pilluelos, y que la gran mayoría del pueblo le había visto pasar en silencio. Lo mismo dice Oldmixon, que se hallaba entre la multitud, y Ralph, cuyas preocupaciones difieren totalmente de las de Oldmixon, nos dice que concuerdan con la relación de aquél las noticias que debía á un respetable testigo presencial. Lo más probable es que las señales de regocijo fueran, en sí mismas, poco importantes; mas parecieron extraordinarias porque se esperaba una violenta explosión de indignación pública. Barillon dice que había habido aclamaciones y algunos fuegos; pero añade: «Le peuple dans le fond est pour le Prince d'Orange.» Dic. 17 (27), 1688.